

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, I.

AL DIA

ESPIRITU RURAL

Así como el absentismo es la negación de todos los bienes que a la producción se refieren, el espíritu rural es la afirmación de todas las reformas que se relacionan directamente con ella. Es la primera entre las fuerzas activas que engendran el bienestar de las familias y el poderío de los pueblos.

Fúndase el espíritu rural en la primera y más perentoria necesidad del hombre, en la necesidad de vivir, que engendra, a su vez, el instinto de la alimentación anterior y más fuerte que el de sociabilidad.

La necesidad de vivir no se satisface por completo con la agrupación social en tribus ó naciones, sino que se siente con más fuerza dentro de las villas, por no haber en ellas producción. El habitante del campo puede existir, mal ó bien, sin la ciudad; el habitante de la ciudad no puede vivir sin ocuparse en el campo, para cultivarle por todas partes: en el bosque, en la tierra llana, en la orilla del río, en la morisma, en la cumbre pedregosa, en la falda abrigada. Por eso, cuando las malas pasiones debilitan el espíritu rural, no hay hartura para las agrupaciones hambrientas; por eso, como es continua la necesidad de vivir, es de ley inherente á nuestra naturaleza la perpetua existencia del espíritu rural. Por eso vemos que cuando su luz queda oscurecida y á causa de ello parece un pueblo en las nieblas, brilla en otras regiones y estimula á la labor agrícola, á fin de que adquiera la sociedad los recursos más precisos para la alimentación y el vestido, para la comodidad y el recreo.

NOTAS MADRILEÑAS

10 de Enero de 1904.

Sr. Director del *Diario Murciano*.

Muy Sr. mío: A medida que se van conociendo los presupuestos para el actual año económico, mayores deficiencias se notan en relación con la riqueza pública española.

Se dice que nuestra nación es pobre, poco laboriosa, de costumbres musulmanas, circunstancias que la hacen aparecer como de escasa riqueza. Contra estas aseveraciones, los contribuyentes se fijan que se tiene asignada, y que por lo tanto produce, la suma de mil sesenta y ocho millones de pesetas á que se hace ascender el presupuesto de ingresos para el Tesoro, durante el año económico de 1904:

Aquella suma de millones, coleccionada con la última estadística resulta que cada español viene obligado á pagar doce duros; no siendo por lo tanto verdad que España sea pobre, perezosa, ni mucho menos escasa su riqueza cuando tal exacción se precisa de los pueblos.

Con aquellos 1.068 millones, se pregunta: ¿Cuántas comodidades, progresos y adelantos humanos y servicios verdaderamente útiles podrían alcanzarse durante el año que empieza?

Hay que tener en cuenta que con los 1.068 millones, reducidos á metálico, darían de sí una montaña de plata y una torre de millones de kilómetros de altura.

Lo que ocurre, continúan hablando los contribuyentes, es que la horrible administración pública hace tales extragos que forzosamente acarrea multitud de ruinas y desgracias, sin que se vislumbre la esperanza de que cesen los inconcebibles despilfarros, además de los atrasos y deudas que han originado políticos de todas categorías y fracciones.

EL CORRESPONSAL

RODRIGUEZ VALDÉS

En el *Círculo de Bellas Artes*

Como estaba anunciado, en la noche del pasado domingo tuvo lugar la conferencia del Sr. Rodríguez Valdés, en la que demostró una vez más nuestro querido comprovinciano las brillantes dotes oratorias que posee.

La merecida fama de que goza tan ilustrado pensador, dió lugar á que el local se viese invadido por una concurrencia tan numerosa como distinguida.

De todo corazón felicitamos al notable orador en la esperanza

de que dentro de un breve plazo, nos dejará oír otra de esas conferencias que tan necesarias se hacen á la civilización y cultura de los pueblos.

BUZON LITERARIO

IMPRESIONES

EN LA REDACCION

Adoro sobre todos los sueños, el sopor indolente, el dorado vértigo de ópico que antecede á la primera palabra escrita. ¡Yo tengo un asunto!

Tengo un asunto, y todos mis compañeros tendrán el suyo también; Vedlos, sinó, rascarse la frente y adoptar aptitudes meditabundas y angustiadas: ¡esto es solemne!

Discorre la hora mortificante y gris del esfuerzo mental, la hora dolorosa de la creación y cruje sobre las cuartillas algo como un alateo de angustia, desazonado é impaciente.

Momentos antes no hubo un cerebro que no acariciara las alas de rosa de una idea, la visión espléndida y risueña de un proyecto. Se habló del artículo y se le amó calladamente, con una sonrisa de toda el alma, apasionada como un requiebro, poética como una oración maternal.

¡Ah; pero todo esto fué antes de coger la pluma, ahora nó, ahora la visión adorada acaba de cometer su picardía, su eterno desvío de hembra irreductible!

Pérfida, siempre, discorre ante los ojos azorados con su perfume de ciras y su color de primavera enseñando á medias los sagrados misterios de sus líneas.

Habla un idioma acariciador y fantástico, mimoso y arrullante con el alma de todo lo indistinto, de todo lo contoso... con el color indecible de todos los recuerdos con la intensa melancolía de las tardes religiosas.

Veamos: ¡Qué desorden!

La «heroína» es una mujer arrogante, una imagen aterciopelada y fresca... La nuca menudita, la carne magnolia mojada por el rocío, el alma de coplas, de oraciones y de besos. Es la loquilla que... Es la... ¡Al diablo!

¡Ah, la «heroína» es una morana poderosa y maritana, de ojos profundos como las noches de sus vejas, ojos enlutados, que lloran la pena ardiente de una raza extinguida, una estirpe acorralada en pensiles y de arrayales y de jazmineros; altivas sombras de gallardos guerreros, que bordaban con oro del Darro versos islamitas en sus cotas de combate... ¡Tampoco!

Es el recuerdo cursi, el recuerdo celeste de la colegiala, que ensayó á mirarnos á través del velo de su

primera comunión...

Es calor matinal de una corona de desposada...

Y el tono de lirio de una boca muerta...

Y la nota roja y aturdira de un primer beso...

Y la visión de pasionaria de un amor de madre, llenando el corazón con su místico perfume de Calvario.

¡Ay ¿para qué más? Todo esto, ó mucho de esto es el asunto que revuela de cerebro en cerebro y de alma en alma, dejando aquí y allá girones de su vestido luminoso.

No intentéis prenderlo con el torpe picotear de la pluma; es libre como el aire, y se os escapará de entre las manos, riéndose de vuestra fiebre nerviosa.

¡Pero qué imbecilidad más grande! ¿Han de sujetarse las ideas adorables, libérrimas, á nuestras ambiciones desafortunadas, á nuestras bastardas ambiciones?

¿Nos piden algo á cambio de sus caricias carinosas?

No quieren ser lucidas, hacen bien; no se venden, son mil veces más nobles que nosotros.

Llenan de luz, de flores, de esperanzas, el sotabanco de todos Múges, la guardilla de todas Mismis...

Vuelan en torno de todas las tristezas, cantando el himno albo-reante de los triunfos, y nunca faltan después de una amargura á dejar un beso en las sienes desgarradas.

Perdonadlas, odia el escaparate de las columnas periodísticas, y se ríen de nuestros afanes horteriles de nuestros pobres ofanes comicoros, de nuestro galope desenfrenado y «trágico» detrás de la peseta.

Pues bien, yo quiero respetarlas hoy... callármelas... Suelto la pluma...

Es la única manera de que se acerquen á mí, de que reanuden para mí solo su engloba consoladora y gorjeante.

Reina en torno el acre silencioso de la creación, el sordo jadeo del esfuerzo mental y cluja sobre las cuartillas el alateo angustioso de la pluma...

Y lejos todavía, en vueltas en una niebla de sueños y de ópico, las imágenes que huyeron del estilo vuelven, confiadas, vírgenes, como un coro triunfante y colorista...

Con sus vigorosos paisajes, perdidas en la vaguedad del espíritu, con sus fugaces espejos de agua soleada, con sus misteriosas zambros de notas y de duendos...

Naturaleza, vida, sonrisas que besan y pájaros que zambros, vociferitas que llaman al corazón con un aspejo de mañana alegre...

Quiero tanto, que sobre todas las redenciones posibles preferiría la de guardarlo en lo más profundo de mi ser, que veros mucho y no escribirlos nunca, nunca.

JOSÉ MARIA LÓPEZ BARBERÁN

